

LA LITERATURA GEOGRAFICA DEL SIGLO XVI EN FRANCIA COMO ANTECEDENTE DE LO REAL MARAVILLOSO

J. Edgardo Rivera Martínez

Se ha dicho, con justificación, que en el descubrimiento y conquista de América la historia antecedió a la épica. Y Alejo Carpentier, de otro lado, sostiene: “Pero ¿qué es la historia de América toda, sino una crónica de lo real maravilloso?”¹. Y en verdad el continente que los españoles ganaron poseía, en alto grado, las notas de la desmesura, la extrañeza, el aislamiento, la diversidad, la lejanía, notas todas ellas de las tierras incógnitas imaginadas por las fantasías medievales, como lo son, también, del realismo mágico. Lo cotidiano, en el Nuevo Mundo, era lo inverosímil; y lo inverosímil, lo cotidiano.

No cabe asombrarse, por tanto, de que las crónicas y la literatura que se apoyó en ellas, se impregnaran de elementos maravillosos. No en vano alguien las ha calificado como “novelas disfrazadas de crónicas”. Y es válida la forma rotunda en que José Bravo afirma: “las crónicas son el gran antecedente de lo Real Maravilloso”². Más aún, muchas veces fueron los desbordes imaginativos, nutridos por un vario suelo de elaboraciones inconscientes y culturales, aquello que impulsó muchas empresas de exploración y conquista. Allí están, por ejemplo, la leyenda de las Siete Ciudades, que alucinó a fray Marcos de Niza y determinó la expedición de Francisco Vázquez Coronado, hacia el Norte de México; la fuente de la eterna juventud, que atrajo a Juan Ponce de León; y, por cierto, las fabulosas tierras de los Omaguas, Lin Lin, Rupi Rupi, Paititi, El Dorado, aquí en Sudamérica. Se sentían, pues, los peninsulares, en un hemisferio donde podían ser realidad los sueños. En un mundo doblemente nuevo, pues en él parecían regir otras leyes, o acaso ninguna, abierto como estaba a todas las concreciones de lo posible.

Decíamos que las crónicas fueron, en ese contexto, los primeros anuncios de lo real imaginario. Las crónicas y las primeras noticias que llegaron a España de los descubrimientos. Pero la excitada sorpresa que las inspiró, y la contagiosa fabulación a que dieron lugar, no se detuvieron en los límites de la metrópoli, sino

1. Alejo Carpentier: *Tientos y diferencias*, Montevideo, 1967, p. 112.

2. José Antonio Bravo: *Lo real maravilloso*, Lima, 1978, p. 30.

que se extendieron a otros países de Europa. Se tejó así una red de repeticiones, variantes y amplificaciones parásitas, que desplegaron una floración exótica, de extraña vitalidad en virtud del contacto con ese humus de los libros de sapiencia y maravilla en que fue pródiga la Edad Media. Una floración que, a pesar de los nuevos hechos históricos, y de los cambios culturales, y a pesar también de la progresiva modificación de la óptica con que se consideraba lo americano, habría de persistir como una luz irreal y tardía. Sus manifestaciones se dieron en Italia, Alemania, Flandes, Inglaterra, y, sobre todo, en Francia. Sus secuelas habrían de perdurar hasta la época de la Ilustración y hasta Rousseau y el romanticismo. Más aún, sus efectos alcanzaron, en soterrado pero activo reflujo, estas mismas tierras que les habían dado origen, a través de la nutrida corriente de libros que se exportaron al Nuevo Mundo. Un reflujo que habría de contribuir a mantener y vivificar la tierra de la que luego se elevaría, entre otras, esa planta original y rara de lo real maravilloso.

Es a esa literatura de resonancia que deseamos referirnos, y de modo más especial, a lo que puede llamarse literatura geográfica anterior a 1575, en Francia, y a la imagen que ella recoge del Perú. Centramos nuestra atención en este país no sólo por razones de orden personal (nuestros anteriores trabajos al respecto), sino además porque el Perú se constituyó en el tema dominante de una leyenda áurea y exotista cuyo resplandor aún perdura, y que fue todo un paradigma en tal sentido. Incidimos en autores y títulos franceses por cuanto, como ya señalamos, fue en Francia donde mayor eco hallaron esas fabulaciones. Y nos detenemos hacia el año 1575, por ser aquél un “pivot” a partir del cual se acentúa el cambio de la perspectiva con que se enfoca, al menos en los círculos ilustrados, el Nuevo Mundo.

Quizás se objete que esa producción no revistió mayor trascendencia, como lo atestiguaría el olvido que hoy la rodea. Sucede, sin embargo que la poca relevancia histórica o ideológica que pudieron revestir esos textos no desmiente el importante papel que jugaron en el proceso de la cultura europea de aquel tiempo. Esos tratados y cosmografías, a pesar de su notable retardo en muchos conceptos, y de sus rezagos medievales, contribuyeron a adecuar el pensamiento a las nuevas realidades geográficas, a la renovación de patrones culturales, y a la emergencia de una nueva visión de la naturaleza³.

Luego de las consideraciones que anteceden, procedamos a una presentación y examen de las referencias más ilustrativas que figuran en esa literatura, con algunas precisiones bibliográficas cuya necesidad resulta de la rareza de esas viejas ediciones. Abordaremos luego, por temas, y rápidamente, el material así recolectado, y estableceremos algunas correlaciones. Y, finalmente, formularemos algunas reflexiones generales en torno a lo real maravilloso en las letras hispano-americanas de nuestra época.

3. Véanse los trabajos de Geoffroy Atkinson, y, en especial: *Les nouveaux horizons de la Renaissance française*, París, 1935. Igualmente, de Gilbert Chinard: *L'exotisme américain dans la littérature française du XVI^e siècle*, París, 1911.

Las noticias del descubrimiento de América llegaron a Francia —y a otros países— con retraso, y no suscitaron especial admiración. Se vio en ellas, más bien, una fuente de información adicional sobre un oriente de mucho más antiguo prestigio. Luego, cuando se afirmó la idea de que América no era parte de Asia, sino un nuevo continente, hubo cierta dificultad en imaginar su geografía al margen de lo que se sabía de China, de la India, de Turquía. El interés que concitaron involucró sobre todo a los medios comerciales y de navegación, atentos como siempre a toda nueva posibilidad de beneficio. Prevalcieron, desde luego, las relaciones orales, provenientes de viajeros, marinos y espías, y centradas esencialmente en hechos y datos concretos. A ellas se agregaron, con limitada trascendencia, la vista y el trato con indígenas de América llevados a Europa por Gonneville, Aubert, Verrazzano, Cartier. En cuanto a las noticias impresas, la primera fue probablemente la traducción latina de la Carta de Colón a los Reyes Católicos.

Tenemos luego las relaciones, inéditas por mucho tiempo, del viaje de Paulmier de Gonneville al Brasil (1503-04). La *Carta de Verrazzano* al rey, igualmente inédita por largo tiempo, y relativa a sus descubrimientos en América del Norte, contenía informaciones de notable objetividad. En 1515 aparece una adaptación francesa de una colección de relatos de viajes de 1507, *Paesi novamente ritrovati*, que recogía los principales testimonios de esas nuevas tierras. En 1523 se imprime una traducción de un opúsculo de Cortés, con el título de *Des marches, iles et terre ferme*. Y en 1535 se edita en París un resumen de las *Décades* de Pedro Martyr, junto con dos relatos de Cortés, recogidos de sus cartas. Tal es el contexto en que aparecen las *Nouvelles certaines des isles du Peru* (Lyon, 1534). Porras Barrenechea, que dio a conocer el opúsculo, ve en él una síntesis de los datos llevados en cartas y otras relaciones españolas, en las que se daba cuenta del descubrimiento del reino del Perú, la captura de Atahualpa, y se describen las riquezas conducidas por Hernando Pizarro a Sevilla⁴. Para nuestro propósito interesa mostrar y subrayar dos aportes de ese rarísimo folleto.

El primero se relaciona con las *richesses inextimables d'or et d'argent et pierres precieuses* que, según el opúsculo, había en el reino del Perú. Se nos habla del rescate de Atahualpa, y de la esplendidez de su cortejo. Se mencionan luego los testimonios de ciertos informantes indios, según los cuales un hermano del Inca, al que por confusión se llama Cuzco, habitaba

en une seigneurie et pays le plus riche qui soit au monde. Il y a en ce pays une maison d'oraison de laquelle les parois sont toutes d'or et d'argent et la nomment la maison du soleil laquelle maison gardent plusieurs gens de guerre.

Se dice luego, más adelante:

Les chrestiens ont desja eu nouvelles d'un aultre pays qu'est de là deux cens lieues & disent les Indiens qu'il y a encores de plus grandes richesses d'or & d'argent & pierres precieuses que au pays là ou ils sont

4. Cf. Raúl Porras Barrenechea: *Las relaciones primitivas de la conquista del Perú*, Lima, 1967 (2a. ed.), pp. 28-44, y 69-78.

El segundo tiene que ver no ya con la riqueza, sino con otras no menos significativas. Así, leemos a continuación del último párrafo citado:

& disent que les gens du pays sont fort grands à merueilles comme geans & sont fort vaillants en guerre.

Y en el pasaje anterior:

Ils disent que c'est le pays le plus fertile & plaisant qu'on sauroit trouver.

Se suman, pues, los rasgos de la riqueza inestimable, de la bondad de la tierra y el gigantismo de los habitantes.

Ligeramente anteriores son una *Copia delle lettere del Prefetto della India*, publicada en hojas sueltas desde comienzos de 1534, e incluida luego en el *Isolario* de Bordone, del mismo año; y, asimismo, una relación alemana, *Neue Zeitung Aus Hispanien Und Italien*. Ambas ofrecen noticias recogidas en las mismas o parecidas fuentes que las del texto francés, aunque en forma más abreviada. Son de retenerse, además de la descripción del botín, la mención de las gemas que exornaban la “litera” del Inca, *inestimabile e di merauigliosa grandezza*, y la información de que en una provincia del Perú los moradores prendían fuego a sus cabañas y que éstas, entonces, destilaban oro y plata. El Perú resulta ser, pues, *la vigna di Dio*. En la relación alemana, de otro lado, se hace también referencia a esa “litera” —“cubierta con paño de oro, luciendo los caballos [sic] los mismos paños, adornados además con piedras preciosas”—, y se dice que en esa tierra “el oro y la plata crecen tan abundantemente como el hierro en Pisthgowo”⁵.

En 1535 se publica la traducción italiana de la crónica de Francisco de Xerez, *Libro primo della conquista del Peru e provincia del Cuzco d le Indie occidentali*, en Venecia, y en el mismo año, una reimpresión en Milán. Ciertamente ambas llegaron a un ámbito mayor que el de los correspondientes estados italianos, y, con seguridad a Francia. Las ampliificaciones en que incurrieron el traductor y los editores —y que no nos ha sido posible registrar con detalle—, contribuyeron, por cierto, a la difusión de esa imagen de enorme riqueza.

En 1545 se edita *L'histoire de la terre neuve du Peru en l'Inde Occidentale, qui est la principale mine d'or du monde, maguère descouuerte et conquiste et nommée la Nouvelle Castille*, versión francesa de la crónica de Cristóbal de Mena, publicada anónimamente en 1534 en Sevilla, y precedida por la de algunas páginas del *Sumario* de Oviedo. En realidad, el traductor, Jacques Gohorry, no se basó en el original castellano, sino en la traducción italiana, publicada originalmente en Venecia (1535), y reimpresa en Roma⁶. Reveladoramente, en la primera página del texto, el título reza: *L'histoire de la terre neuue du Peru en l'Inde Occidentale, où gist le souuerain thresor du monde . . .* y en la Dedicatoria se llama al Perú *ceste lointaigne, dorée & delicieuse contrée*. A lo largo del texto, por

5. Id.

6. Id., pp. 45-56.

otra parte, son numerosas las adiciones y exageraciones, muchas de las cuales proceden de la versión italiana, y que están al servicio de esa imagen de riqueza y exotismo que tanto atraía la mente de los europeos.

Nos parecen relevantes, en tal sentido, las descripciones de Cajamarca, el Cuzco y el Collao. La mezquita del Collao, en particular, es objeto de una deslumbrada mención, y es ilustrada mediante un dibujo —*la mosquée du soleil toute couverte d'or*. Una ciudad de cúpulas y minaretes es descrita, asimismo, como *Pachalchami, ville plus grande que Paris*. Y la leyenda de conjunto resume las notas que hacían del Perú una tierra fabulosa:

Peru est la derniere contree descouverte des terres neuues la quelle n'a sa pareille au monde en fertilité d'or & d'argent: elle porte son bled deux foyes l'an. Elle est garnie de diuerses manieres de bestes, deliuree de toutes sauuaiges et cruelles. Ornée et embellie de riuieres, montaignes et bois. Le peuple y est assez ciuil et humain soit en loix soit en traffique ou conuersation⁷.

Un pueblo civilizado y humano habita, pues, una tierra que sobrepasa a todas en bondad y feracidad. ¿No es ésa ya una tierra de utopía?

La leyenda áurea adquiere otra acentuada versión en estas palabras, incluidas en una muy rara *L'Historie du Nouueau Monde*, publicada en Lyon en 1556, y de la que es autor un enigmático P. Bembo:

D'or-ils en ont une telle abondance, que les Roys en couurent les murailles des temples et des maisons, et se seruient tous de vaiselle d'or aussi coutumierement que nous faisons ici de celle d'étain ou de terre, tellement que la conquete de ce pays-la rempli l'Espane d'or et des richesses.

El siglo XVI fue pródigo en Cosmografías, que respondían a un deseo de conocimientos universales, de gusto medieval, y, en menor grado, a un deseo de ver incorporados a un marco estable y tradicional las cosas nuevas y las nuevas adquisiciones. Téngase en cuenta, de otro lado, que en aquella época lo sobrenatural constituía, en el sentir general, parte del mundo inmediato y de la vida —o, en otras palabras, época en que no se oponían lo natural y lo sobrenatural. Más aún, el caudal de conocimientos del hombre cultivado y del hombre común no difería substancialmente. Pues bien, en esas obras vastas y curiosas, América no figura sino tardíamente. Ello es indelible, como se ha puesto a menudo en relieve, de la lentitud con que la mentalidad de aquel siglo se adecuó a las nuevas realidades geográficas.

La más famosa fue, seguramente, la del alemán Sebastián Munster, de muy numerosas ediciones en latín y francés (1556), a partir de la edición alemana. En el caso de las versiones alemanas es sintomático que la primera referencia al Perú sea de 1598, en un texto que se limita a una breve referencia sobre las *Newen Inseln*, a pesar de que habrá transcurrido más de medio siglo desde el descubri-

7. *L'histoire de la terre neuue du Peru*. . . s/p.

miento y conquista del Perú. Un detalle adicionalmente revelador es que cuando se consigna un capítulo al Nuevo Mundo —el libro X—, su parte meridional es llamada *Peruanisches America*.

Muy famosa también fue la Cosmografía de Pedro Apiano, uno de los grandes geógrafos de la centuria. La primera edición apareció en 1524, seguida por otras, tanto en latín como en francés. A partir de la edición latina de 1539 se incluyen adiciones del cosmógrafo Gemma Frisio, entre las cuales figura —en la edición francesa de 1544— una descripción relativamente extensa del Perú. El Perú es allí *la plus riche [région] d'or & d'espieceries qui ait encores este trouuée iusques à present*⁸. Y luego, en ordenada amplificación de las referencias contenidas en las *Nouvelles Certaines*, se dice:

Il y a en ce Royaume si grande quantité d'or & d'argent, qu'ils en font des vaisseaux seruaus aux plus vilz & contemptibles vsages. Et ce dont on se peut plus esmerueiller, en la ville de Collao a este trouue vne maison toute couuerte d'or⁹.

Y luego:

Et si n'est ceste contree moins heureuse & fertile en autres choses, car ilz y cueillent le grain deux foys l'annee estant pourueue & peuplee de plusieurs sortes d'animaux, toutes fois elle se vante d'estre libre de bestes sauuages & cruelles. Les brebis & moutons y sont si grands qu'ilz s'en seruent de monture, & les cheuauchent comme cheuaux & si fecondes qu'elles aignent deux foys l'an. Les villes de ce pays son bien policées, munies de bonne ordonnances & armes, & merueilleusement bien ornees & fornies de riuieres, montaignes & boys, tellement qu'on diroit vn paradis en terre¹⁰.

Y se agrega aún:

Et quant au regard des habitans estans garniz de toute humanite & courtoysie, de la coignoissance de diuers arts et mestiers, & gardans foy et loyaute exercent leur traficque auecques toute preudhomie. Tellement que rien ne leur default sinon la coignoissance de Christ. . .¹¹

La gradación magnificante, a partir de los textos anteriores, es claramente perceptible. La riqueza es tal en el Perú que aun las cosas destinadas a los usos más ordinarios y viles eran de oro y plata. Tierra tan propicia a los animales y plantas que las ovejas eran tan grandes como para servir de caballos, y el trigo daba dos cosechas al año. Las ciudades tan bien dispuestas, ricas y exornadas “que se diría un paraíso en la tierra”. Y sus moradores tan corteses y cultivados “que nada les faltaba sino el conocimiento de Cristo”. ¿No tenemos allí toda una le-

8. *La Cosmographie de Pierre Apian. . . nouvellement traduite du latin en françois par Gemma Frisius. . .* Anvers, 1544, f. 32v.

9. Id.

10. Id.

11. Id.

yenda dorada? Y advirtamos, de otro lado, cómo Gemma Frisio hace suya esa curiosa perspectiva iniciada por la traducción francesa de Mena, cual es la de presentar un Perú gobernado aun por sus reyes, y modelo de orden y justicia. Y ello a pesar de que se habían esparcido ya las noticias de la conquista, y se denunciaban, igualmente, su ilegitimidad y sus excesos. ¿Y no se evidencia, además, una manera de ver que prolonga un pasado abolido y traspone implícitamente al futuro un orden social perfecto y modélico?

Paulo Giovio fue un polígrafo y humanista de gran renombre en Italia y en toda Europa. Escribió una *Historiarum sui temporis*, en dos volúmenes, editada en Florencia en 1550-52, con reediciones numerosas en latín y francés (a partir de 1552) e italiano. Sus referencias a América y, en particular, al Perú resultan, en el conjunto de la obra, asaz modestas, no obstante lo cual revisten para nosotros particular interés. Basadas en las *Nouvelles certaines*, las noticias en hojas sueltas, y el *Isolario* de Bordone, así como en el libro de Cristóbal de Mena, acentúan los rasgos ya señalados hasta los límites de lo prodigioso. Y ello es tanto más notable por haber sido Giovio un cultivado humanista, que además llegó a ser obispo.

Cuenta Giovio que al retornar Carlos V a Nápoles, desde Túnez, sus tesoreros aseguraron a los acreedores que pronto se les devolvería el dinero que habían prestado al monarca, gracias a

les royaumes du Peru & du Cusco, fort remplis d'ineestimable quantité d'or: que l'on pouuoit acquerir sans nulle peine de le foudir & recueillir de terre: entendu que les Espagnols le trouuoient chez les Indiens, en leurs vsages domestiques & de la cuisine, estant mis en oeuvre par lourd artifice, sans estre entierement purifié¹².

Y a continuación leeemos:

Car l'ont dit qu'on n'y trouue nulle autre vaiselle de toute sorte que d'or massif, es maisons ordinaires; que les rochers des montaignes reluisent de diamans & principalement d'emeraudes, de tourquoises & d'escarboucles, y engendrées; que presque toutes les fleuves coulent sur arene d'or; que le terroir porte incroyable abondance de toutes choses en vn automne quasi perpetuel; & aussi que par la merueilleuse clemence du ciel, les hommes y accomplissent l'age de cent ans en toute santé¹³;

El Perú se convierte, pues, en tierra maravillosa, en la que se materializaban una serie de notas —las montañas reluciendo extrañamente con sus turquesas y carbunclos, la arena áurea de los ríos, la extraordinaria longevidad de los habitantes— con que la imaginación medieval adornaba las islas encantadas, los reinos del mar y las tierras paradisíacas. Referencias que, por otra parte, no sólo se sus-

12. Paulo Giovio: *Le second tome des histoires de Paolo Iovio*. . . , Lyon, 1555, p. 452.

13. Id.

tentaban en las fuentes escritas aludidas o en las españolas, sino además, en grado muy apreciable, en las versiones orales que circulaban en los puertos del Atlántico.

Una referencia singular es la que nos ofrece un curioso librito titulado *La sphère des deux Mondes*, compuesto por un esquivo Gilles Boileau de Bouillon, que escribe con el seudónimo de Darinel, y que se publicó en 1555 en Amberes. Allí, entre poesías varias, consideraciones sobre el zodiaco, un epitalamio, y otros textos, figura una octava consagrada al Perú:

Ovltre la mer, se voit le grand Peru,
Large estendu, ce semble vn autre monde,
D'ou l'or massif est si trestant venu
Que l'on faudroit en somme si profonde.
Mais qu'en est-il? Le territoire abonde,
Mille Midas y vont mourant de faim,
Tel a trop plus, mais encores il sonde,
Et va querant ce qu'il tient en sa main¹⁴.

El mismo librito contiene un mapa de América con esta leyenda: *Perv. Brevis exacta totius novi orbis eausque insularum descriptio*. El Perú es, pues, el “orbe nuevo”, un “otro mundo”. Y los españoles, en él, como incontables Midas, marchaban buscando alucinados el oro mismo que tenían ya en las manos.

La sensatez, el ánimo objetivo, incluso crítico —diríamos lo “real objetivo”—, frente a tales exageraciones, están representados por un libro no menos curioso, *Les observations de plusieurs singularitez & choses memorables trouuées en Grece*, escritas por el naturalista y viajero Pierre Belon, citado por Ronsard. Editado en 1553, y reeditado varias veces tanto en francés como en latín, el libro trata, por cierto, de las “singularidades” vistas por su autor en Grecia y el Levante. Pero el Cap. LI se titula: *Autre discours de l'or du Peru & des Indes & aussi la manière comme les metallaires raffinet l'or dont les Ducats du gran Turc sont forgez*. Sin embargo allí no se habla del oro del Perú, sino más bien en el siguiente, *Dont est venu l'occasion des fables qu'ont a racontées de la toison d'or*, en donde se trata muy poco del vellocino. Dejando de lado tal “singularidad”, interesa relevar que Belon insiste, con la objetividad del entendido, una y otra vez, que el oro peruano era extraído, como el de la India y de cualquier otro país, con mucha fatiga y trabajo, y con grandes gastos, de las minas. Y ridiculiza a quienes tienen por cierto que en el Perú bastaba con excavar un poco y cargar luego el preciado metal a las naves. Y se extiende luego en consideraciones técnicas, fundándose, según señala, en las mismas fuentes que habían dado lugar a esas arbitrarias fabulaciones. Caso singular, el suyo, en medio de tal concierto de voces deslumbradas.

Mencionaremos igualmente un libro muy en la tradición de los que se componían en la Edad Media, y que tuvo asimismo notable difusión en el siglo XVI. Se titula *Des merueilles du monde, et principalement des admirables choses des*

14. Gilles Boileau de Bouillon: *La Sphère des deux Mondes, composée en François par Darinel*. . . Anvers, 1553.

Indes & du Nouveau Monde, Histoire extraicte des escriptz tres dignes de foy. . . Et y est monstré le lieu du Paradis terrestre. Editado por primera vez en 1553, su autor fue el polígrafo Guillaume Postel. No se ocupa del Perú, no obstante lo que promete en su título, y trata de América con sorprendente brevedad, todo lo cual nos recuerda algo que no debe perderse de vista: el primer plano de lo exótico y fabuloso estaba ocupado siempre por el oriente.

Es oportuno detenerse aquí un momento, y señalar que un autor de la talla de Rabelais, tan interesado en las diversas modalidades y fisonomías de lo humano, y tan sensible a los problemas que preocupaban al humanismo de su tiempo, no mostró —a juzgar por sus escritos— mayor curiosidad por los descubrimientos geográficos en Occidente. América no es etapa en los viajes fantásticos de sus héroes. Narrador de las mayores desmesuras y los absurdos más asombrosos, no recogió en sus páginas el eco de las noticias del Nuevo Mundo. Hay en cambio una vaga reminiscencia americana en un cuento de Margarita de Navarra, incluido en su *Heptameron*, inspirado en un episodio narrado por la relación del viaje de Cartier y Roberval al Canadá. Es tan vaga, sin embargo, que nos parece excesivo decir, como lo hace Ch. A. Julien, que: “c’est néanmois par l’*Heptameron* qu’elle [América] est entrée dans la littérature française d’imagination”¹⁵.

Dejando ahora de lado títulos menores, conviene tener presente que la traducción francesa de la crónica de Gómara se publica en 1568, la primera edición italiana del libro de Benzonio en 1565, y en 1579 su versión francesa. Esta última se debió a Chauveton, el mismo que de modo tan acre puso en duda los derechos de los españoles y los denunció como maniacos del oro y torturadores de los indios. Todo ello, sumado a la repercusión de los escritos de Bartolomé de Las Casas, había de afectar indudablemente la imagen de América, y, en particular, la del Perú. La visión deslumbrada, que se había difundido en un variado sector de Francia y de otros países, cede lugar, poco a poco, ante una perspectiva más objetiva, inclinada a establecer correlaciones entre los nuevos descubrimientos y los problemas que interesaban por entonces a los pensadores. Y en un fenómeno ciertamente curioso, el Nuevo Mundo se irá asociando, cada vez más, con una Edad de Oro evocada a través de la figura del Buen Salvaje.

Tenemos así que en su *Remonstrance au peuple de France* (1565) escribía Ronsard:

Si la religion et si la foy chrestienne
Apportent de tels fruits, j’aime mieux la quitter
Et banny m’en aller les Indes habiter,
Sous le pole Antarctique, où les sauvages vivent
Et la loy de nature heureusement ensuivent.

Y en la *Continuation des Misères de ce Temps*, dirigiéndose a los hugonotes:
...allez aux régions
Qui n’ont ouy parler de nos religions,

15. Ch. A. Julien: *Les voyages de decouverte et les premiers établissements*, Paris, 1948, p. 360.

Au Pérou, Canada, Calicuth, Canibales,
Là montrez par effet vos vertus calvinales.

Esta idealización, y, en especial, esa referencia a una ley de naturaleza observada con felicidad, constituyen, sin duda, toda una definición de ese arquetipo idílico.

La idea de una Edad de Oro tiene su fuente, por cierto, en las letras clásicas, en las que tan a menudo bebieron los poetas de la Pléyade. Y su resurgencia se vincula, como es lógico, con una insatisfacción que es a la vez moral y personal. Y ambas, Edad de Oro y Buen Salvaje, se ajustan a las aspiraciones del humanismo. No es de extrañar, por tanto, la relativa prontitud con que Ronsard acogió las descripciones de los tupinamba, contenidas en *Les Singularitez de la France Antarctique autrement nommée Amérique*, de André Thevet (1557). Descripciones, que a pesar de los excesos que le reprochaban a Thevet sus contemporáneos, aciertan a mostrar un modo de vida natural, y, a su modo, feliz. Y dirá todavía el poeta refiriéndose a los habitantes de esa lejana costa

Ils vivent maintenant en leur age doré,
y los exhorta:

Vivez, heureuse gent sans peine et sans soucy,
Vivez joyeusement: je voudrois vivre ainsi:

Esta aspiración, que no es puramente retórica, aflora también, tenue pero insistente, en la *Histoire d'un Voyage fait en la terre du Brasil, autrement dite Amerique*, de Jean de Léry, y que publicada en 1578, se basaba en experiencias vividas en 1557. Y si aquí no es explícita la pintura del Buen Salvaje, es efectiva en cambio la condena, en paralelo, del mal cristiano.

Y así llegamos, finalmente, a Michel de Montaigne, lector de Jean de Léry, de Benzonio, de Gómara. Mas no nos corresponde tratar de él, pues sus puntos de vista marcan la transición a un modo de ver desapasionado, crítico, incluso investigador. Y si aún perdura, en sus páginas, una cierta idealización por contraste de esos exóticos moradores del Nuevo Mundo, estamos en realidad ya lejos de esa crédula y desatada fantasía que, por cuanto hemos visto, mezcló de tal modo lo real y lo maravilloso.

Detengamos ahora nuestra atención, según nos proponíamos, en los temas más resaltantes de las referencias que hemos consignado. Tenemos, en primer término, el de la riqueza increíble. Era asombroso, sin duda, la facilidad y abundancia con que se encontraba y extraía el oro en el Perú. Y asombroso un templo con paredes y techo de oro puro, como el que menciona las *Nouvelles certaines*. Pero debía ser mayor la riqueza, indudablemente, de ese reino —el lejano Cipango— donde, según Marco Polo, los castillos tenían techos igualmente de oro. El palacio del gran Khan en Cambaluc tenía asimismo sus estancias “todas recubiertas de oro y plata”. Y el cortejo de Atahualpa resultaba modesto al lado de los cien mil caballos y cinco mil elefantes con que los vasallos de Kubilai le ofrecían “un grandísimo presente de oro, de plata y de perlas y piedras preciosas y blancos paños”¹⁶. Pero las montañas del Perú, según Paulo Giovio, relucían de

16. Marco Polo: *Il Milione*, 1928, pp. 62-83.

esmeraldas y turquesas, y sus ríos corrían sobre arenas de oro, como en las exóticas descripciones que nos dejaron los fabuladores y visionarios de la Edad Media.

Nuestros textos hablan de gigantes. Hombres de talla enorme son mencionados con frecuencia por los primeros viajeros que llegaron a este hemisferio. Cristóbal Colón acepta el testimonio de los indios sobre hombres con un ojo, y se imagina haber visto sirenas. Pedro Mártir de Anglería, por su parte, admite la posibilidad de Polifemos y Lestrigones en las nuevas tierras. Cartier, más tarde, parece inclinado a creer en hombres que no necesitaban comer y tenían una sola pierna. Francisco I, el rey de Francia, estimaba cierta la noticia de hombres alados como murciélagos, que allá en el Canadá, volaban por los árboles. Cieza de León habla de hombres que tenían, “cada uno de ellos, de la rodilla abajo como un hombre de los comunes en todo el cuerpo. . .” ¿Y cómo no recordar esos altos hombres sin cabeza a que se refería Sir Walter Raleigh? Estas visiones, por llamarlas de alguna manera, reconocen una visible filiación con las muchas variedades de gigantes mencionadas por los libros de sapiencia en el medievo, y que a veces eran presentados con un solo pie, con rabo, con el rostro en el pecho o en la espalda, y otras características aun más extrañas, descritas por Mandeville, Langrois y otros autores.

Se refieren, nuestros textos, a la fertilidad extraordinaria de estas tierras. Una feracidad que ciertamente debía encandilar a los habitantes de una Europa empobrecida por las relaciones de clase, las guerras, las pestes. Esa fertilidad, propia de la *vigna di Dio*, tenía sin embargo precedentes no menos fabulosos en las islas supuestamente visitadas por San Brendan, y en las evocadas por Marco Polo, Mandeville y tanto vulgarizador y cosmógrafo. Bondad de la tierra que, con el correr de los años se vincularía a la tierra de *Cocaigne* y a las míticas invenciones de los romances de Jauja.

Así pues, las referencias que hemos transcrito nos llevan, por una parte, a la imagen persistente de una tierra riquísima, próxima a las visiones medievales del paraíso; y, por otra, a la comprobación de una cierta monotonía, e incluso de una reducción en el repertorio de singularidades, hechos y seres de que hablaban los viajeros. Y a señalar, adicionalmente, que estos últimos testimonios alcanzaron a un público relativamente más restringido que aquél que leía las *Cosmografías* y otros libros de sapiencia, de tan altas y numerosas ediciones. Una y otra corriente, sin embargo, y en diversa medida, habrían de contribuir, como decíamos, a preparar y mantener un fondo propicio a la aparición de fenómenos literario-culturales como lo real maravilloso.

En cuanto a esa imagen de una sociedad civilizada, en la que la opulencia y el poder coexistían con el orden y la justicia, a la que también hacen alusión nuestros textos, se vincula sólo de manera tangencial con los aspectos en que hemos centrado nuestra atención, y responden a diferentes consideraciones, de carácter a la vez político y moral.

La idea del Buen Salvaje, de otro lado, no obstante sus particulares motivaciones ideológicas, no deja de inscribirse en ese marco de maravilla. Su inocencia

y felicidad son tanto la proyección de una nostalgia como una abstracción arbitraria. Mas es verdad también que se sitúa en el umbral de una nueva y mucho más racional manera de considerar los descubrimientos.

Tengamos presente, igualmente, que si bien la riqueza, el gigantismo, la extrañeza en las fabulaciones medievales a que nos hemos referido sobre la India, el Japón, la China, y otros países orientales, son presentadas y aceptadas como indubitables y reales, el contexto histórico y geográfico en que se sitúan son muy lejanos, y difícilmente accesibles, y escasos los testimonios directos. Debía suceder por todo ello, que los oyentes y lectores tenderían a inscribirlos, subconscientemente, en el mismo marco que los cuentos y las puras imaginaciones. Integraban, en otras palabras, un universo de cuya realidad no se dudaba, pero tan distante y diferente que había de ser sentido como irreal. Las noticias del Nuevo Mundo, en cambio, se vinculaban a testimonios mucho más concretos, reiterados y accesibles. Se podía ver y tocar evidencias —oro, plantas, animales, habitantes. Resultaba, así, un mundo más cercano y alcanzable. No tan prestigioso como Cathay o Tartaria, pero inobjetablemente rico, extraño, excitante. Una tierra en donde coexistían, de modo mucho más verosímil y tangible, lo real y lo maravilloso.

Acontece, sin embargo, que lo sorprendente de América sólo existía para los europeos. Para los naturales, todas esas “singularidades” formaban parte de su mundo y su experiencia diaria. Lo sorprendente y singular estaría para ellos en las figuras barbadas de los conquistadores, en sus armas, sus caballos, su modo de comportarse. Para los aborígenes habría también una extraña combinación de cosas naturales y no naturales en esa gente que de súbito irrumpía en sus vidas. Sólo quedó testimonio, no obstante, y por obvias razones, de la sorprendida reacción de los europeos.

Ahora bien, a lo largo del período colonial la vida cultural estuvo en su mayor parte condicionada por las metrópolis. De España, de Francia, de Portugal venían los libros, las interrogantes, los estilos, las modas, el pensamiento. La visión que los criollos y mestizos tenían de sus propios países dependía, pues, en notable grado, de los enfoques que al respecto se sucedían en Europa. Y todo ello, como lo anunciábamos, contribuyó poderosamente a la persistencia de esa actitud que veía en América una realidad “diferente”, colindante con los mundos creados por viejas y no olvidadas fantasías. Una realidad singular, exótica, acaso anómala. Modo de ver del que somos, sin duda, inconscientes herederos.

Esa propensión había de converger, indudablemente, con la rica imaginación mítica de los pueblos precolombinos. Y, en particular, con su facilidad para imaginar otras y muy diversas articulaciones de lo real, otras categorías temporales, otras “determinaciones” del azar y lo imaginario. Una imaginación de tan varia, rica y afiebrada iconografía como las que hallamos en las artes de Nazca, de Teotihuacán, los mayas, los olmecas, Tiahuanaco. . . Una imaginación mítica que, por difícil que sea de aislar y analizar en las realizaciones concretas, no deja de ser una fuente indubitable.

Si todo ello es así, resulta que lo real maravilloso es, en alguna manera, un nuevo “avatar” de ese exotismo americano que con tanta erudición estudió Gilbert Chinard. Exotismo muy vinculado a especiales circunstancias de pensamiento y de época, y deudor, ciertamente, de la avidez medieval por lo sobrenatural y lo maravilloso. Y si en el siglo XVI América dio respuesta a una sed profunda de riquezas, longevidad, y extrañeza, ahora la narrativa a que nos referimos ofrece al mundo occidental la posibilidad de una nueva vía de comunión con la naturaleza, de una nueva articulación —reversible y elástica— del tiempo y del espacio, de lo imaginario y lo cotidiano, y nuevas formas de desmesura —muy distintas, por cierto, e incluso opuestas, a la desmesura mecánica e inhumana de la civilización industrial. Una nueva imagen, incluso, actualizada, del Buen Salvaje. Y lo hace en los moldes de un género profundamente europeo, como es la novela, el mismo que exhibe, una vez más, su efectiva y honda vocación universalizadora. Lo expuesto nos lleva también, de otro lado, a tomar una más definida conciencia del carácter profundamente sincrético que, en varios niveles y sentidos, y, sobre todo en lo cultural, tiene el fenómeno que comentamos. Si en un sentido lo real maravilloso se ofrece como un retorno a nuestras fuentes, y como afirmación de una identidad cultural multiforme pero inconfundible, es por otra parte evidencia de esa inagotable dualidad de nuestras raíces. Lo real maravilloso, así, nos remite tanto a las consejas centroamericanas y los mitos de la floresta como a las minuciosas y afiebradas fantasías de un “otro mundo” en la literatura medieval. Y se justifica, en igual medida, considerar los *Cien años de soledad* del colombiano García Márquez como una suerte de *Ilíada* para Latinoamérica¹⁷. Una obra, por tanto, en que se reúnen y recogen los aportes de varias y distintas corrientes, y sobre ellas se funda una nueva, poderosa y simbólica identidad.

17. François Miterrand, en recientes declaraciones periodísticas.